

Domingo III de Pascua – Retomemos la senda de la esperanza

Este domingo meditamos el relato de los discípulos de Emaús en el evangelio según san Lucas, un relato que desde el comienzo nos presenta sorpresas y nos plantea interrogantes.

En primer lugar, el mismo día de la resurrección, dos discípulos viajan de Jerusalén a Emaús. En el evangelio de Lucas, la mayor parte de la misión de Jesús es presentada como un viaje a Jerusalén, Jerusalén es la ciudad donde esa misión de consumarse, donde Dios debe cumplir sus promesas, el lugar de la esperanza. Por eso es llamativo que, mientras Jesús resucitado se aparece a los otros discípulos la tarde misma de ese día, éstos estén alejándose de Jerusalén. Parecen ir en la dirección equivocada, ¿por qué, con qué finalidad? Luego, nos dice Lucas que, por el camino, Jesús resucitado se les une, pero ellos no lo reconocen, pese a haber compartido largos años de convivencia. ¿Cómo es posible? Lucas explica que “algo” que les retenía los ojos, les impedía reconocerlo. ¿Qué es ese “algo”?



Rembrandt, La Cena de Emaús (1648)

Y la respuesta a todas estas preguntas la dan los mismos discípulos cuando J los provoca con su pregunta aparentemente ingenua: ¿de qué estaban hablando por el camino? Los discípulos, “con aire entristecido”, le hacen a continuación un resumen de lo sucedido, mencionando hechos que son correctos (Jesús

como profeta poderoso, cómo los jefes lo entregan, lo que dicen las mujeres), pero interpretados como una historia de fracaso y desencanto: “nosotros esperábamos que él fuera el salvador, pero ya hace tres días que murió” (ya no esperamos más, su fracaso es irreversible).

Ahora comprendemos. Si Jerusalén representa la esperanza, Emaús simboliza el refugio de la decepción, y el camino a Emaús representa el camino de descenso que va la esperanza a la desilusión. Y esa mirada desencantada, sin fe, es ese “algo” que les impide reconocer a Jesús resucitado. Es un obstáculo muy profundo y Jesús lo sabe. Por eso no intenta solucionarlo con explicaciones hechas, sino que camina con ellos, es decir, recorre con ellos el camino interior que les permitirá reconocerlo.

Ante todo, Jesús busca volver a encender en ellos la luz de la fe. Para ello les explica todos los pasajes de las Sagradas Escrituras referidos a Él, que señalan cómo el Mesías debía padecer. De esa manera les permite superar el escándalo de la cruz: ella no es el fracaso de Jesús sino el triunfo del proyecto de Dios. Cuando los discípulos comprenden esto, los mismos hechos que lamentaban cobran sentido, “su corazón empieza a arder”, revive.



Pero no se trata sólo de entender: la fe pascual no es sólo aceptar una verdad, por inspiradora que sea, sino que es un impulso al encuentro personal con Jesús resucitado. Y Jesús les da la posibilidad de expresar ese deseo cuando, llegados a Emaús, hace el ademán de seguir de largo y provoca a los discípulos para que lo inviten a quedarse. Y sentados a la mesa, cuando Jesús parte el pan, el mismo gesto de la última Cena, finalmente lo reconocen y vuelven inmediatamente a Jerusalén, desandando así el

camino de la decepción bajo el impulso de la alegría pascual.

Si alguien nos pidiera que le contáramos nuestra vida, ¿con qué relato le responderíamos? Seguramente, con un relato básicamente correcto en cuanto a los hechos, pero ¿qué interpretación daríamos a esos hechos? ¿sería un relato de esperanza o uno de desilusión, como el de los discípulos de Emaús (“esperaba, pero ya no espero más”)? Si hay “algo” capaz de “retener nuestra mirada” e impedirnos reconocer a Jesús caminando a nuestro lado es el escepticismo, la amargura, el desaliento, que surgen de la debilidad de nuestra fe.

Por eso necesitamos que cada domingo Jesús nos ilumine con su Palabra, que nos permite comprender nuestra vida a la luz del misterio de su muerte y resurrección y libera en nuestro corazón el deseo de encontrarnos con Él, un encuentro que tiene lugar, de modo tan real como el de la cena de Emaús, en la Eucaristía. Sólo así podremos, como los discípulos del maravilloso relato de Lucas, desandar el camino de Emaús, el camino de la desilusión, y remontar el camino hacia Jerusalén, el camino de la esperanza.

P. Gustavo Irrazábal